

o movimiento humano que busca granjearse la fortuna con el trabajo intenso y acendrado. Pero hábilmente queda contrapuesta la alta calidad del sentimiento con su malversación por Artigas;

— Surtía a Montevideo de «géneros» contrabandeados, «... destruyendo así a una gran parte del comercio regular»;⁶⁵ de donde el burlador de la ley se transforma en quebrantador de fortunas ajenas;

— Reunió «... bajo sus banderas un crecido número de contrabandistas nacionales, quienes tácitamente lo levantaron sobre el escudo y le juraron pleno homenaje»;⁶⁶ y aquí nuestro malhadado Artigas ya es jefe de una «horda»,⁶⁷ palabra extremadamente malsonante, como que quiere decir, según el diccionario, «reunión de salvajes que forman comunidad», o «multitud de gente dedicada a cometer tropelías»;

— Pero «... nunca hubiera conservado tal autoridad por medios suaves, así es que con frecuencia hacía severos ejemplares [sic] para contener aquella turba»;⁶⁸ y lo tenemos convertido en severo inflingidor de castigos, cuando no realizador de alguna muerte;

— Su poder, su fama y seguramente el temor que inspiraba le transformaron en «... árbitro en las cuestiones de los vecinos por cuyos distritos pasaba y administraba justicia...»;⁶⁹ lo que le llevó a reemplazar la ley regularmente administrada por autoridad competente, y a suplantar los códigos y el derecho por su sola voluntad;

— En tanto contrabandista, «el más famoso de aquellos tiempos», llegó a ser el «terror» de las autoridades españolas, que fracasaron en reducirlo «... aumentando a la vez su fortuna particular y su opinión en las masas ignorantes de la campaña»;⁷⁰ con lo que ya lo tenemos convertido en virtud de sus perversidades prolijamente inventariadas por Mitre, en el favorito de los ignorantes del campo;

— Otro rasgo de su carácter es que «hablaba muy poco»;⁷¹ lo que seguramente hacía más efectiva la teatralidad estudiada de sus gestos.

Y Mitre termina diciendo: «... a él exclusivamente se debía la insurrección de la Banda Oriental, la formación de su ejército y uno de los primeros triunfos que las armas de la Patria obtuvieron sobre los españoles...»;⁷² una verdad incontrovertible y por lo tanto desoladora, porque nada en él aseguraba que hiciera uso —digamos, uso civilizado...— de las cartas que había adquirido.

Mitre ha construido cuidadosamente una imagen de cuya fascinación negativa el lector no deberá librarse; será el arquetipo del caudillo, o de esa clase de gente que no podía ser compatible con una revolución que a su intención democrática agregaba la «regeneradora». Esa imagen deberá ser potenciada mediante la transmisión, la repetición, la introducción de ella en el imaginario colectivo hasta lograr que a la sola mención de la palabra caudillo, la imagen se presente como la correspondencia exacta entre

⁶⁵ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 265.

⁶⁶ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 265.

⁶⁷ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 265.

⁶⁸ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 265.

⁶⁹ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 265.

⁷⁰ Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 266.

⁷² Bartolomé Mitre. «José Artigas». edición citada, p. 270.

la realidad y su mención, sin dejar espacios para otra conformación, otros rasgos. A diferencia de las imágenes neutras como la que suscita en nosotros la palabra «mesa», en el imaginario la palabra ES la imagen, tan genérica como «mesa» pero ni tan inocua ni tan inocente. Aquí nombrar la realidad es representarla con los fulgores siniestros que le han sido adjudicados.

Sin necesidad de extendernos sobre otros historiadores relevantes de la segunda mitad del siglo XIX, y no escasos en el casi entero siglo XX, mencionemos apenas que el otro grande, Vicente Fidel López, no difiere en el orden de cosas a que estamos aludiendo de la lección de Mitre.⁷³ Anotemos que para Alberdi el caudillo oriental era la encarnación también de la democracia bárbara: «... el pueblo adoró en él su propia hechura, y muchas inteligencias se prostituyeron a la barbarie».⁷⁴ Y finalmente que Bernardo Frías, el historiador salteño afanoso por contraponer a su héroe provinciano con el oriental, dirá de éste que todo lo que yacía «... bajo su férula era un valle de lágrimas y lugar de maldición y de horror». Y que el campamento de Ayuí, «... a orillas del Uruguay (era L.P.), campamento babilónico, inmenso lupanar, donde reinaba en ancho campo la miseria y el vicio; pero en manera tan espantosa y repugnante que, a su lado, aquel célebre que gobernó Castelli en Laja aparecería como lugar santo y ejemplar». Frías se horroriza —y quiere que el lector también— porque hasta los «... jefes divisionarios (de Artigas, L.P.), aún los más principales y famosos, eran indios, mulatos y mestizos...», entre los cuales el célebre Andresito Artigas, que llevaba como apellido el del caudillo supremo, en lo que estaba revelando su estigma original: el haber sido esclavo.⁷⁵

3.2.1.1. La otra imagen de Artigas

Aun cuando todavía en 1916 se publicaba en Buenos Aires una versión de Artigas, esta vez uruguaya (de Eduardo Acevedo Díaz) que continuaba la línea señalada por Mitre, en la antigua Banda Oriental ya había comenzado la transformación de Artigas en el gran héroe nacional. Acevedo aún repetía que don José Gervasio había legado al Plata la anarquía, que había sido el «... inventor de los ejércitos populares, convirtiéndolos en tribus ambulantes cargadas de familias, como las masas de bárbaros que invadieron Roma...» y que había sido el representante «... de la democracia bárbara como el mismo pueblo».⁷⁶

Pero el 10 de mayo de 1907 un decreto firmado por el presidente Williman del Uruguay, y sus ministros Guillot y Varela Acevedo, disponía la erección de un monumento a Artigas, y el escritor Juan Zorrilla de San Martín recibía el encargo de preparar una memoria sobre la personalidad del prócer, origen de la obra *La epopeya de Artigas* del por entonces célebre poeta oriental. En los considerandos del referido decreto léese

⁷³ Cfr. *Vicente Fidel López*, Historia de la República Argentina, tomo V, Buenos Aires, 1886; y tomo IV, Buenos Aires, 1855, capítulos II y IV.

⁷⁴ *Juan Bautista Alberdi*, Belgrano y su biógrafo, edición citada, pp. 183 y 184.

⁷⁵ *Bernardo Frías*, Historia de Güemes y de la provincia de Salta, de 1810 a 1832, tomo III, Salta, 1911, pp. 601 a 605.

⁷⁶ *Eduardo Acevedo Díaz*, El mito del Plata, Talleres gráficos de Ríos, Buenos Aires, 1916, pp. 96 a 101.

«... que no es posible retardar por más tiempo el advenimiento del día en que, según dijera el Dr. Carlos María Ramírez, los niños, el ejército y el pueblo se inclinarían ante la estatua del gran calumniado de la Historia de América...»⁷⁷

Zorrilla de San Martín, a quien el gobierno de su país encarga realizar una obra semejante a la que Mitre había elaborado en relación a Belgrano y San Martín, plantea su tarea en los siguientes términos: «... la finalidad primordial de la historia de los pueblos no es otra que la formación del patriotismo, es decir, del sentimiento RACIONAL de amor a la patria y el culto de sus héroes».⁷⁸ En consecuencia procederá a crear la imagen pedida por esos fines, a comenzar por el linaje: nieto de hidalgos zaragozanos y de un padre que había tenido una posición «holgada y decorosa». En seguida la educación: cimentada en el convento de los franciscanos. Luego los modales: conocido en Montevideo —en tanto vivió en la ciudad— como un sujeto «afable y atencioso». A renglón seguido la traza: «vestía con esmero», con casaca bordada o chaquetilla de alamares o trencilla fina en el pecho.⁷⁹ Y las ocupaciones en el campo: las de honrado comerciante, acopiador de cueros y otros productos vacunos que enviaba a Montevideo, a las barracas de su padre, para negociarlos. En suma, y para no caer en excesiva prolijidad, que la imagen de Artigas por Zorrilla es la opuesta a la que Mitre había construido, y en ambos casos, se supone, con la documentación pertinente.

Se dirá: ¿cómo es posible elaborar imágenes tan opuestas? Respuesta: ambos, Mitre y Zorrilla, están haciendo exactamente lo mismo pero en países que se han constituido como Estado y naciones diferentes: construyendo el imaginario social.

3.2.2. El caudillo Güemes

Mitre le hace graves reparos: no son los mismos que le formula a Artigas, pero en la esencia coinciden. El que San Martín hubiera escogido al caudillo salteño y los méritos de su pelea en el norte obligaban a un cierto reconocimiento. Pero Güemes es un caudillo, y un caudillo —llámese Güemes o Artigas— a más de jefe de irregulares lo es de gentes que lo siguen porque en él personalizan su causa, o dicho de otra manera: por la naturaleza de las relaciones interpersonales engendradas por una sociedad carente de intermediaciones institucionales entre el amo y subordinados. Llámese como se llame, y a despecho de que su aporte a la causa de la independencia pueda ser valorado de manera más negativa o menos negativa, habrá entre el caudillo y sus hombres una cierta promiscuidad o trato igualitario, o imitación de tal que aparenta disolver diferencias de estatuto social. Las jerarquías de los ejércitos regulares, los grados, las insignias, las formalidades en el tratamiento recíproco, los uniformes y los signos exteriores que marcan los niveles de estratificación reproducen la sociedad. En el ejército regular están claramente señalados los de arriba, los de abajo y los del medio; en la montonera, donde no existen las diferencias de grados militares, se opera una suerte de seudode-

⁷⁷ El decreto está incluido en la segunda edición, encabezando el texto de la obra *La epopeya de Artigas de Juan Zorrilla de San Martín*, tomo I (obra en dos tomos), Luis Guli Editor, Barcelona, 1916, pp. V y VI.

⁷⁸ *Carta confidencial de Juan Zorrilla de San Martín al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay*, en *La epopeya de Artigas*, edición citada, p. XII.

⁷⁹ *Juan Zorrilla de San Martín*, *La epopeya de Artigas*, edición citada, pp. 181, 182 y 183.